

UNA RUPTURA LOGICA Y NECESARIA

por **CESAR MONTES**, Comandante
en Jefe de las FAR de Guatemala

El Comandante en Jefe de las Fuerzas Armadas Rebeldes de Guatemala, César Montes, entregó en fecha reciente (21 de enero de 1968) un documento en el cual adhiere en todas sus partes a la decisión de los jefes guerrilleros de la Zona Central y del Frente Edgar Ibarra de romper, a nombre de las FAR guatemaltecas, "toda vinculación orgánica e ideológica con el Partido Guatemalteco del Trabajo y de constituir la Comandancia de las FAR como organismo independiente y centralizado".

Las razones abonadas por el Comandante Montes explican con claridad meridiana los motivos de la decisión y constituyen un elemento de juicio de tal sentido ideológico y revolucionario, que han impulsado a PF a publicar este documento textualmente y para conocimiento de sus lectores.

EN un momento particularmente apremiante para la revolución guatemalteca, cuando la guerra civil alcanza su mayor agudeza, a la vez que la crisis interna del movimiento revolucionario llega a su climax, los compañeros, comandante Camilo Sánchez, capitanes Pablo Monsanto y Socorro Sical, y los tenientes Androcles Hernández y Ramiro Díaz, jefes guerrilleros del Frente Edgar Ibarra y de la resistencia de la zona central, han asumido la histórica responsabilidad de romper públicamente, a nombre de las Fuerzas Armadas Rebeldes (FAR), toda vinculación orgánica e ideológica con el Partido Guatemalteco del Trabajo (PGT) y de constituir la Comandancia de las FAR como organismo independiente y centralizado. Esta medida necesaria y profundamente revolucionaria en su contenido determinará decisivamente la perspectiva y futuro desarrollo de la guerra revolucionaria que el pueblo guatemalteco libra contra sus opresores. Es una medida que está en la línea de la mejor tradición del Frente Guerrillero Edgar Ibarra (FGEI) y de todo el movimiento guerrillero guatemalteco.

Imposibilitado de estar presente en el lugar de los hechos, me ha tocado no participar con mis compañeros en la decisión final de esta medida, que apruebo en todas sus partes e implicaciones, y que considero, además, imprescindible para llevar a cabo los reajustes que se hacen impostergables, a fin de transponer, de una vez por todas, la fase crónica de incipiente desarrollo guerrillero a que imperdonablemente permitimos que nuestra guerra revolucionaria de liberación fuera conducida por la equivocada y oportunista línea de orientación general determinada por un grupito de viejos dirigentes del PGT —que hasta hace pocos meses lograron influir con su política en las filas revolucionarias—, y por los errores que nosotros mismos hemos cometido.

Ese impedimento no justificaría, por sí solo, la necesidad de esta declaración personal que ahora hago, sobre todo cuando se trata de aprobar, como he afirmado arriba, la actuación de mis compañeros en todos sus aspectos y consecuencias. Pero es preciso salirle al paso y cortar de tajo toda una campaña de especulaciones y murmuraciones que con el propósito de sembrar desaliento e inseguridad, han venido fomentando alrededor de mi persona y mi posición actual en el movimiento revolucionario, algunos órganos de prensa al servicio del imperialismo, los principales voceros de nuestros enemigos, sus agentes gratuitos y los enemigos embozados. Esta campaña ha creado ya dudas entre algunos amigos y compañeros que han sido, inconscientemente, las primeras víctimas de la confusión y la maledicencia. Ahora es cuando más claras deben quedar las cosas.

En conferencia de prensa y diferentes comunicados, los esbirros Arana Osorio y Sosa Avila han anunciado mi muerte o desapari-

ción; las agencias noticiosas extranjeras que funcionan en Guatemala, han esparcido esta especie por el exterior. Periódicos de Nicaragua han dado parte, el pasado mes de diciembre, de mi muerte, mientras la prensa y la UPI han hecho públicas desde Costa Rica mi captura y expulsión de aquel país; en otros países del continente se ha especulado públicamente con mi presencia secreta en ellos, y recientemente la AP, recogiendo informaciones que le proporcionó una de las varias pandillas anticomunistas que funcionan en nuestro país, ha echado a rodar por el mundo la noticia de que se me había destituido de la jefatura de las FAR. No hace falta mucha perspicacia para percibir que el objetivo de tal campaña es crear la desconfianza, la inseguridad, la sensación de que el movimiento revolucionario guerrillero de nuestra patria se encuentra descabezado, o minado y dividido por rivalidades internas, pero de todas maneras, incapaz de recuperarse y de salir victorioso de los próximos enfrentamientos, condenado en definitiva a una futura y cierta parálisis y destrucción. Es una de las tretas de la "guerra psicológica" yanqui, complemento político de su estrategia antiguerrillera, que tratan de aplicar, alternando algunos elementos de verdad con las más absurdas invenciones, para formar un clima generalizado de incertidumbre, desaliento, incredulidad, sabiendo que son todavía muchos los susceptibles a dar crédito a las informaciones entre más sorprendentes y espectaculares sean. El "Imparcial", uno de los voceros de esta campaña, ha llegado a insinuar una guerra fratricida entre los revolucionarios.

"Tal parece que los revolucionarios se están tirando los trastos a la cabeza", decía hace pocas semanas. Y ahora que hay un elemento de verdad: nuestro rompimiento con el PGT, debemos aclarar todo lo que respecto a este hecho hay, y rechazar, parar en seco, toda especulación, toda murmuración sin base, todos los reflejos ingenuos o inconscientes que ellas puedan producir, porque todo ello lleva agua al mismo molino: el del enemigo.

La ruptura definitiva que ahora se ha producido entre las FAR y lo que queda de lo que fuera el aparato del PGT, no es un suceso inesperado o fortuito; a muy pocos tomará de sorpresa, pero nadie debe quedarse sin tomar posición frente a él por falta de elementos, y nadie debe elegir equivocadamente por confusión. Este rompimiento no es un choque fratricida, no es tampoco una pugna por posiciones. Es la culminación de un proceso de depuración perfectamente natural en el desarrollo histórico de una revolución que avanza. La necesidad de este desprendimiento fue prevista desde octubre de 1964 por el FGEI en su Carta, y estuvo, desde entonces, varias veces a punto de ocurrir.

Fue un proceso de divergencia, primero, y de pugna, después, entre dos concepciones y dos actitudes ante la guerra, ante la revolución, ante el pueblo, determinadas ambas por hondas raíces de clase y un momento histórico. Por un lado, la concepción revolucionaria que ve en la guerra el instrumento y el método para que el pueblo tome el poder en sus manos, para liberarse a sí mismo y hacer

su revolución: la revolución socialista, y que por lo tanto no teme que esta guerra sea total, larga, cruenta y generalizada. Una visión radical, revolucionaria, audaz, joven, dinámica. Por otro lado, la concepciónseudorrevolucionaria, que no cree que el pueblo tenga capacidad para tomar el poder en sus manos, que confía en la capacidad de la burguesía para dirigir un régimen democrático de capitalismo estatal que avance pacífica, evolutiva y tranquilamente al socialismo, y que por lo tanto teme a la guerra, desconfía de la posibilidad de ganarla, prefiere un camino de sucesivos desplazamientos de facciones burguesas en el poder hasta llegar a una combinación que les dé cábida, que les dé participación. Bajo la presión de los acontecimientos y del sentimiento popular, esta concepción puede llegar a aceptar una guerrita limitada, estática, indefinida, que además pretende usar como argumento político para que la burguesía le reconozca el derecho de participar en el poder.

Una visión sumisa, oportunista, pusilánime, caduca, pasiva. La actitud revolucionaria es prever los acontecimientos para actuar antes y darles la forma que conviene a la revolución. La actitudseudorrevolucionaria es cerrar los ojos ante los acontecimientos y cerrárselos al pueblo con la esperanza de que de esta manera las nuevas sacudidas no lleguen a ocurrir.

Esta divergencia y pugna ha transcurrido en nuestra patria intrincadamente y produciendo muchos dolores y pérdidas. Hemos perdido vidas, batallas y oportunidades que pudieron haberse evitado unas y ganado las otras para la revolución, para el pueblo. Razón de más para poner fin a esa sorda, tortuosa y estéril pugna interna, cuya agudización progresiva probó suficientemente la imposibilidad de unidad o acuerdo entre principios tan discordantes. Si hay algo ahora que podemos y debemos reprocharnos en relación a la ruptura que se ha producido es, precisamente, no haberla llevado a cabo antes, siendo, como fue, prevista con mucha anticipación como camino para resolver las irreconciliables diferencias del movimiento revolucionario, para librar de sus ataduras al movimiento guerrillero. Debemos reconocer autocríticamente que, consciente e inconscientemente contribuimos, en algunas ocasiones, a impedir que este desprendimiento ocurriera cuando ya era necesario y posible. Se ha llevado a cabo a tiempo, cuando ya nada podía detenerlo o evitarlo, salvo la claudicación de los revolucionarios, y esto es totalmente imposible.

Por otra parte, esta ruptura corresponde plenamente a una ley histórica, que lejos de ser ajena a la experiencia revolucionaria mundial ha sido ejecutada en el momento oportuno por todos los revolucionarios verdaderos, empezando por Marx y Lenin, que no vacilaron en romper con los oportunistas, porque con el avance de la revolución a etapas más álgidas, se hace necesario librarse de los individuos, grupos o corrientes que, incapaces de encarar la lucha cada vez más encarnizada, pretenden detener el desenvolvimiento de la revolución, evadir sacrificios y responsabi-

lidades. En un proceso de guerra este lastre cuesta incontables vidas y sufrimientos, retrasa la victoria y provoca reveses. No hablamos por hablar. Podemos probar lo que decimos simplemente echando una ojeada a la reciente y breve historia de nuestra guerra revolucionaria.

Sabido es que ninguna, absolutamente ninguna operación militar de nuestra lucha armada ha sido hasta ahora inspirada, guiada o dirigida, ni directa ni indirectamente, por el grupo dirigente del PGT que se autoproclama partido. Nunca se preocuparon de estudiar los problemas de la guerra ni sus leyes, jamás hicieron el intento de analizar las experiencias obtenidas de los combates del pueblo, en ninguna oportunidad se ocuparon en concebir siquiera un esquema estratégico para la guerra. ¿Cómo han pretendido dirigir una revolución cuya vía, aceptada de palabra por ellos mismos, es la guerra?

Pero hay mucho más. Algunos de ellos han dicho que si no constituyen la vanguardia "práctica", lo son ideológica y políticamente. Revisemos los acontecimientos que de una u otra manera constituyen la cadena de sucesos políticos que han marcado un rumbo y determinado los sesgos de nuestra guerra revolucionaria.

El 6 de febrero de 1962 marca el inicio consciente de la guerra de guerrillas en nuestro país, en el sentido de consistir en una lucha armada que tiene por escenario el campo, que cuenta con el apoyo político y social del campesinado y que se efectúa inicialmente por una fuerza militar irregular, rudimentaria y de número limitado. Esta acción, comandada por los entonces tenientes Marco Antonio Yon Sosa, Luis Turcios Lima y Luis Trejo Esquivel, dejó en esta ocasión también sentada la personalidad pública del Movimiento 13 de Noviembre. El impacto nacional que produjo hizo madurar las condiciones para la rebelión popular de marzo-abril de aquel mismo año, profundo sacudimiento popular que determinó definitivamente el curso de la revolución guatemalteca. Como sabemos, esta rebelión, mantenida durante dos meses por las masas urbanas, sin dirección definida, sin orientación clara y sin organización adecuada, fue finalmente dominada por el gobierno de Idigoras.

En diciembre de 1962, por iniciativa del Movimiento 13 de Noviembre se fundaron las primeras FAR, concebidas como la alianza político-militar entre el M-13, el PGT y el Movimiento 12 de Abril, residuo universitario de las movilizaciones de marzo-abril.

El 16 de octubre de 1964, ante el cisma que surgió entre el M-13, cuya dirección fue por entonces copada por elementos trotskistas extranjeros, y el PGT, con una carta dirigida a ambas organizaciones, el Frente Guerrillero Edgar Ibarra se definió como una fuerza revolucionaria de fisonomía propia, con un enfoque distinto, militar y políticamente, de los sustentados por el PGT y el 13 de Noviembre, de cuyos senos surgimos sus componentes originales.

En marzo de 1965, después de haber renunciado del M-13, el comandante Luis Turcios Lima, en representación del FGEL, convocó a una conferencia a los dirigentes del PGT y

de la JPT, así como a los jefes de distintas zonas de resistencia que venían funcionando más o menos dislocadamente a consecuencia del cisma ocurrido en las primeras FAR. De este cónclave surgió el Centro Provisional de Dirección Revolucionaria de las FAR, un intento posteriormente desvirtuado y fracasado de unificar el movimiento revolucionario y darle al movimiento guerrillero una dirección y jefatura centralizadas.

En ninguno de estos acontecimientos que han conformado un rumbo y determinado fases y avances objetivos en la aún breve historia de nuestra guerra guerrillera revolucionaria, una cadena de rasgos positivos y típicos de nuestra revolución, estuvo presente la iniciativa, la previsión, el análisis, la inspiración o la contribución organizativa de la dirección del PGT, exceptuando la fundación de las FAR y del CPDR, en las que participó obligada por la iniciativa de otras fuerzas, y, en todo caso, su contribución fue la de frenar y desvirtuar el impulso y objetivo original, y no para impulsarlo y desarrollarlo. En los otros sucesos su ausencia fue total. ¿Cómo es posible que la dirección de un partido que se define a sí mismo como vanguardia revolucionaria del proletariado y del pueblo, ideológica y práctica, estuviera ausente de los sucesos revolucionarios más críticos, protagonizados por fuerzas y masas populares, revolucionarias y progresistas?

Se han dado, y seguramente se continuarán dando, excusas y justificaciones, pero sólo hay una verdadera razón. La dirección del PGT no se guía por una concepción revolucionaria y nunca tuvo una actitud revolucionaria en la práctica. No dirigió su orientación ni su acción a los puntos más críticos, más explosivos y beligerantes del descontento popular.

Sin embargo, la dirección del PGT si estuvo presente y fue la fuente de inspiración directa o indirecta y el instrumento de impulso o de organización de las siguientes medidas que afectaron a la guerra y la revolución de **manera negativa**.

La formación del bloque electoralista con el Partido de Unidad Revolucionaria (PUR), medida que diluyó muchas energías y esperanzas populares de raigambre revolucionaria cuando ya se incubaba la lucha armada, y que en definitiva se convirtió en un foco de componendas y politiquería electoral con sectores de la burguesía y pequeña burguesía.

La dolorosa derrota de Concuá, trágica culminación de la operación armada que, calificada de "guerrillera", fue en realidad un ensayo de "presión" armada tendiente a garantizar la participación de elementos militares de la pequeña burguesía liberal en una supuesta "junta militar", que, según cálculos mal hechos, iba a sustituir al gobierno idigorista a su "inminente" caída, producida por la rebelión de marzo-abril, cuyo desenlace conocemos.

El apoyo electoral a la candidatura de Jorge Toriello para la alcaldía de la ciudad de Guatemala, político-liberal de la burguesía criolla de muy poca simpatía popular, a finales de 1962, medida que no sólo distrajo la atención y esfuerzo revolucionario, caldeado

todavía por la rebelión de marzo-abril, sino que condujo a Toriello y a las fuerzas que lo apoyaron a una triste y previsible derrota política.

Ya dentro del Centro de Dirección Revolucionaria, cuya tarea práctica fundamental consistía en la constitución de un mando nacional y centralizado para la guerra, fue iniciativa de los dirigentes políticos del PGT la formación de organismos regionales "concéntricos" del PGT y las FAR, medida cuyas consecuencias prácticas y seguramente deliberadas, fue la dispersión de fuerzas, armas y energías de todo tipo con el objetivo propósito de crear varios frentes guerrilleros, autónomos en la práctica (dada la ausencia de un mando centralizado y de una estrategia de conjunto), lo cual derivó, como sabemos, en el enfrentamiento ideológico de estos focos en ciego contra el FGDI, dándole reconocimiento oficial a una dispersión que ha dejado hasta la fecha secuelas dolorosas.

La conferencia nacional del PGT, que "renovó" su CC con un determinado número de cuadros jóvenes destacados en la lucha guerrillera o tareas relacionadas con ella, pero que en lugar de cumplir el propósito proclamado de incorporar todo el PGT a la guerra, fue simplemente una maniobra para neutralizar los planteamientos más radicales y ahogar a los jefes militares en un intrincado aparato disciplinario. No por casualidad empezaron a aparecer, después de esta conferencia, menciones de las FAR como "fuerzas armadas del PGT" en algunas publicaciones internacionales de partidos comunistas europeos.

El apoyo de las FAR a la candidatura del actual titere del imperialismo en nuestra patria, Méndez Montenegro, resolución tomada por el CPDR, a iniciativa del PGT, en ausencia del comandante Turcios, y con nuestro voto, en representación del FGDI, en contra. Incidentalmente, el resultado de esta votación demuestra cómo el CPDR, instrumento para construir el mando centralizado de la guerra revolucionaria, se había convertido en una herramienta de conciliación con la burguesía, en manos de los "políticos" de la camarilla dirigente del PGT.

No está de más recordar lo que el comandante Turcios, desde el exterior, dijo refiriéndose a aquellas elecciones: "No nos proponemos impedir que las elecciones se efectúen, porque no tenemos todavía fuerzas suficientes para ello, y porque aún queda bastante gente entre el pueblo que, engañada, mantiene alguna esperanza en el juego electoral. Por eso habrá elecciones. Pero sépase que cuando nuestras fuerzas hayan crecido lo suficiente y la conciencia de nuestro pueblo haya alcanzado mayor comprensión de la falsedad que encierran las elecciones estando un gobierno reaccionario en el poder, impediremos por la fuerza que se siga realizando ese vil engaño al pueblo." Y más adelante: "Si los revolucionarios participáramos en estas elecciones o si llamáramos al pueblo a participar en ellas votando por el PR o cualquier otro partido de oposición, les estaríamos brindando nuestro apoyo, nuestro respaldo de principios, nuestra aprobación revolucionaria y el

apoyo de las masas que creen en nosotros, a gentes que sabemos que no tienen ningún escrúpulo, que sabemos que son cómplices de la reacción y del imperialismo."

Y finalmente, aunque no existan documentos que lo atestigüen, ha sido también la misma camarilla del PGT la inspiradora y la intermediaria del establecimiento de relaciones comerciales entre el gobierno de Méndez Montenegro y los países socialistas, que el canciller Arenales Catalán ha anunciado públicamente como una medida ya aprobada por el gabinete.

No es esta una medida concebida últimamente. Es el resultado de una cuidadosa previsión y una negociación que empezó a incubarse cuando se instauró la flamante "constitucionalidad" del PR en el poder, y que ha ocupado la atención y estudio de los órganos dirigentes del PGT. Sorprendente dualidad. Imposible de justificar ni política ni moralmente, que un partido lleve a cabo semejantes negociaciones cuando sus militantes y miembros de su propio CC están siendo asesinados y cazados por las fuerzas represivas del gobierno, el mismo gobierno cuya autorización se gestiona para que santifique las relaciones comerciales entre la burguesía cafetalera y algunos países socialistas.

Ninguna de estas medidas, iniciadas, inspiradas u organizadas a instancias o por el mencionado grupo dirigente del PGT, ha constituido aportes positivos o esclarecedores para la revolución o ha determinado algún avance en nuestra guerra; antes bien, todas ellas han sido la expresión desesperada de un temor congénito a la guerra, al avance revolucionario, un freno concreto, un intento de hacer desembocar la lucha en una conciliación, en un repliegue o en el mejor de los casos en una guerrilla crónica, incapaz de determinar nada políticamente, en definitiva, en una claudicación de clase.

Nos preguntamos entonces: ¿En qué ha consistido ese papel de vanguardia que proclamamos? ¿Para qué ha servido concretamente la influencia que infortunadamente ha ejercido, el grupito dirigente tradicional del PGT en la guerra revolucionaria que tan encarnizadamente libra nuestro pueblo contra sus opresores, sus enemigos de clase, sus verdugos? Respondemos: no ha ayudado en nada; ha entorpecido demasiado.

Ahora ya no lo seguirá haciendo desde dentro, y no permitiremos que lo haga desde fuera.

En conclusión, la divergencia y pugna que ha culminado con el rompimiento de las FAR, de los revolucionarios verdaderos y activos, con los restos del aparato burocrático de dirección del PGT, no ha sido la pugna entre dos líneas divergentes solamente, sino la lucha entre dos tendencias forzosamente excluyentes en el proceso revolucionario. La lucha entre el organismo sano y el tumor.

De aquí en adelante la responsabilidad por los reveses y por las victorias, será de los combatientes exclusivamente; las posibilidades de dirigir, de acertar, de errar, estarán directamente en las manos de los jefes guerrilleros. La línea política, la estrategia y la táctica es nuestra responsabilidad y nuestra

tarea. Nos corresponde y no podemos eludirla.

No empezamos de cero, tenemos mucha experiencia que debe enriquecer nuestra orientación, disponemos del enorme volumen de decisión combativa de nuestro pueblo, estamos imbuidos de justo y sagrado odio contra el enemigo, que no nos permite treguas o indecisiones. Tenemos también ya, perfilados con mayor claridad, los lineamientos generales de la estrategia que corresponde a la guerra en nuestro país, en nuestro continente. Si no triunfamos, no buscaremos justificaciones, moriremos en el empeño, pero seguramente habremos contribuido a desbrozar el camino para los que vienen detrás. Asumimos estas responsabilidades en toda su plenitud, así como asumimos la parte de responsabilidad que nos toca por haber permitido durante demasiado tiempo la situación de que hemos salido. Quizás haga falta hacer pública mi renuncia a la membresía y a todos los cargos para los que fui nominado en la jerarquía del PGT. Sirva esta declaración también para darla a conocer ante el pueblo guatemalteco y ante nuestros compañeros y amigos de otros países. Pero jamás renunciaré a mi calidad de comunista, que no se conquista con una solitud de inscripción, sino en la lucha, en el combate, con la consecuencia ideológica al proletariado, que quiere decir servir sus intereses en todos los campos.

Ahora cuando el imperialismo se desangra en furiosa desesperación bajo los acertados golpes que las gloriosas FAPL y el pueblo

heroico le están propinando en Vietnam; ahora, cuando los valientes pueblos de Corea y de Cuba desafían triunfalmente sus provocaciones y reafirman su decisión de enfrentarlo y derrotarlo; ahora, cuando sus titeres y asesores están mordiendo el polvo en todos los países donde los pueblos se yerguen empuñando las armas; ahora, cuando en todas partes del mundo, inclusive en su propia entraña, se desencadena la protesta popular yanqui; ahora, cuando también hay desgraciadamente tantos expectantes, tantos timoratos y oportunistas, que buscan afanosamente aplacar sus iras, sus amenazas y chantajes, ahora es el momento de las definiciones y de las decisiones. ¡Que nadie se quede sin tomar posición en este momento! ¡Que no quede nadie sin ocupar su lugar en la guerra, donde la patria y la historia nos reclaman! Somos seguidores del comandante Ernesto Che Guevara y sabremos ser fieles a su ejemplo, a su consigna y a su memoria.

**SIGUIENDO EL EJEMPLO COMBATIVO
DEL COMANDANTE TURCIOS LIMA.**

HASTA LA VICTORIA SIEMPRE.

**A VENCER O MORIR POR GUATEMALA
Y EL SOCIALISMO.**

César Montes

Comandante en Jefe de las FAR

Enero 21, 1968.

MARXISMO Y REVISIONISMO

"Determinar el comportamiento de un caso para otro, adaptarse a los acontecimientos del día, a los virajes de las minucias políticas, olvidar los intereses cardinales del proletariado y los rasgos fundamentales de todo el régimen capitalista, de toda la evolución del capitalismo, sacrificar estos intereses cardinales en aras de las ventajas reales o supuestas del momento, esa es la política revisionista. Y de la misma esencia de esta política se deduce, con toda evidencia, que puede adoptar formas infinitamente diversas y que cada problema un poco "nuevo", cada viraje un poco inesperado e imprevisto de los acontecimientos —aunque este viraje sólo altere la línea fundamental del desarrollo en proporciones mínimas y por el plazo más corto— provocará siempre, inevitablemente, esta o la otra variedad de revisionismo".

"El carácter inevitable del revisionismo está condicionado por sus raíces de clase en la sociedad actual. El revisionismo es un fenómeno internacional. Para ningún socialista un poco enterado y reflexivo

puede existir ni la más pequeña duda de que la relación entre los ortodoxos y los bersteinianos en Alemania, entre los guesdistas y los jauresistas (ahora, en particular, los brousistas) en Francia, entre la Federación Socialdemócrata y el Partido Laborista Independiente en Inglaterra, entre De Brouckère y Vandervelde en Bélgica, los integralistas y los reformistas en Italia, los bolcheviques y los mencheviques en Rusia, es, en todas partes, sustancialmente, una y la misma, pese a la gigantesca diversidad de las condiciones nacionales y de los factores históricos en la situación actual de todos estos países. La "división" en el seno del socialismo internacional contemporáneo se desarrolla ya, ahora, en los diversos países del mundo, esencialmente en una misma línea".

V. I. LENIN

(Escrito no más tarde del 3 (16)
de abril de 1908)

Obras Completas, tomo 15, págs.
31 y 32

La lección de los errores

por HECTOR BEJAR,
Comandante del ELN

EN 1965, en el Perú, nuestra acción era dispersa, sin dirección efectiva ni diligente. Habíamos tratado de resolver las metas insurreccionales de maneras diferentes: el MIR y el ELN pusieron en práctica la preparación de focos guerrilleros según puntos divergentes. Por esta razón no había ninguna coordinación práctica entre las dos organizaciones y la dispersión de los grupos guerrilleros no podía ser favorable, muy al contrario. Sometidos a estas pruebas difíciles, los guerrilleros resistieron en función de su capacidad de combatientes. Todos —excepción hecha de la guerrilla de Lobatón— se fijaron en zonas determinadas, dando así la posibilidad al ejército de controlar cómodamente las salidas. Todos le dieron al enemigo el tiempo necesario para acercarse a sus emplazamientos; todos se sintieron seguros de sí mismos y confiaron en sus conocimientos del terreno, actuando con mucha ingenuidad, mientras que el ejército se activaba eficazmente.

De otra parte, no es que el campesinado no pudiera ofrecer, a veces, un apoyo organizado y activo a los guerrilleros, sino que no podía en todo caso mantener ese apoyo cuando lo había organizado de antemano. La razón está clara; el secreto no es una característica del trabajo campesino, y la incompetencia de las organizaciones insurreccionales junto a sus desmesurados deseos de publicidad, dejaron a sus colaboradores a merced de los cuerpos represivos, que actuaban como tenían que hacerlo: sin escrúpulos y con frío cálculo. La verdad es que vivimos por primera vez una guerra para la que nosotros no estábamos realmente preparados. Más que en los combates —en que los guerrilleros demostraron siempre mucho valor y coraje— las guerrillas fueron liquidadas por la delación de ex colaboradores de bajo nivel político y de debilidad combativa, y por desertores a quienes el ejército los hacía escoger: hablar o morir.

En tanto que todos los dirigentes luchaban en el campo, algunos pequeños grupos elementales de apoyo quedaron en las ciudades, muy limitados e incapaces de dirigir grandes acciones. Habíamos pensado que la represión generalizada obligaría a la totalidad de la izquierda a adherirse de una manera u otra, al movimiento rebelde. Pero la reacción midió su represión y no tocó a aquellos que no manifestaron su apoyo a los insurgentes. Ella buscó —y lo logró— aislarnos del resto de la izquierda. La solidaridad lírica e inútil de grupos y de partidos no nos ayudó en nada, en tanto que no se traducían en ninguna acción de apoyo. El ejército, que no tenía ninguna preocupación en la retaguardia, tuvo

las manos libres para combatirnos en el interior del país, y allí generalizó la represión tras el objetivo —igualmente obtenido— de aterrorizar a la población civil.

Es así que —mientras que los grupos de poder unen rápidamente sus fuerzas para la defensa del sistema— el resto de la izquierda, comprendidos los dos partidos comunistas, se queda a la expectativa, y la población asiste, con un poco de asombro y también con cierta indiferencia, a las incidencias de los dramáticos encuentros que se desarrollan a gran distancia.

Al finalizar 1965, nuestro primer balance demuestra la pérdida de toda una dirección revolucionaria, producto de largos años de lucha, de cuadros de gran valor e irremplazables de inmediato, cuadros formados en el combate contra la reacción y contra las direcciones de los partidos tradicionales. Los combatientes parecían figuras heréticas a los ojos de una izquierda pacífica y escolástica. Pero el MIR y el ELN han podido mantener sus aparatos organizadores y han ganado en los combates una imagen heroica que atrae irresistiblemente a la juventud.

Ahora, los recientes sucesos de Bolivia obligaron a la izquierda insurreccional, aquí y en todas partes, a tener que enfrentar el debate. En verdad, nosotros estábamos ya en plena discusión y, lo quisiéramos o no, los reveses nos obligaron a reflexionar. Para el ELN, del cual muchos militantes han muerto al lado del Che en Bolivia, un segundo balance crítico es inevitable.

La pregunta principal es saber si la muerte del Che es también la muerte de una concepción, de una táctica... Esta pregunta concierne, por el momento, a dos figuras principales de la insurrección continental: la del Che, el combatiente, y la de Debray, el teórico.

Es necesario empezar con una mirada sobre el panorama de la América Latina y de las guerrillas. Hay un hecho innegable: las guerrillas se mantienen, a despecho de todas las ofensivas lanzadas contra ellas. Están allí, resistiendo a todos los asaltos de pujantes fuerzas combinadas: en Colombia, en Venezuela, en Guatemala, y ahora en Nicaragua y Bolivia, mientras que en otros países existen impulsos esporádicos con diversos resultados...

Todo nos hace constatar satisfactoriamente lo que es casi un objetivo común: estamos en el inicio de un largo proceso de liberación. La América Latina, inmenso continente, no podrá sacudirse en unos cuantos años del yugo de un imperialismo que se encuentra en el cenit de su poder. Pero no debemos con-

tentarnos con frases. Es necesario agregar que este proceso no podrá ser encerrado en formas precisas y en esquemas rígidos. Su duración es imprevisible, de igual manera que es imposible prever desde ahora las tácticas que los revolucionarios adoptarán frente a las circunstancias que encuentren en sus caminos. Es, pues, inútil discutir el presente sobre eso, pero sí es importante señalar que su éxito dependerá de su capacidad de análisis, de la medida en que ellos sepan evadir los esquemas mentales predeterminados. La lucha contra el dogmatismo, contra toda clase de dogmatismo, es para nosotros una cuestión de vida o muerte.

Durante la pausa, antes de 1965, la campaña por la lucha armada, de pura propaganda, es necesario decir, no era menos peligrosa para el régimen; se difundía en nuestras universidades y alcanzaba asimismo a los centros obreros. Contra este impulso inseparable de un cierto sectarismo, ni los fracasos sufridos, ni los racionales llamamientos de los más tímidos a la moderación, podían hacer nada. La izquierda insurreccional, la de las acciones y la que lo es en palabras, ganan inexorablemente posiciones y —podemos decir con total convicción— nacerán nuevas insurrecciones armadas.

Este último hecho merece una explicación: la radicalización de nuestras clases medias. Las clases medias han jugado siempre un rol importante en nuestro país, en sentido negativo y positivo. Son ellas las que han dado jefes militares a la extrema derecha conservadora, pero son también ellas las que han dado nacimiento al impulso liberal y antimperialista de los años treinta. Ahora también son ellas —transformadas por nuevas condiciones nacionales e internacionales— que se citan buscando por métodos pacíficos o violentos transformar el país. Y son los sectores empobrecidos y atrasados de estas clases los abanderados de la lucha armada, son los que han creado las guerrillas con un sentido romántico y heroico. El doble carácter de esa pequeña burguesía se refleja muy puramente en actitudes y en los defectos del movimiento de guerrillas, provocando acciones audaces, pero determinando también sus errores y sus fracasos.

Esta pequeña burguesía está frenada por una masa inculta, todavía incapaz de una abstracción teórica, sin la cual el marxismo no es posible. Esto nos anima a decir que el problema número uno de la revolución peruana es saber cómo se puede enlazar la insurrección de esta clase a la lenta transformación de un campesinado rebelde y a las reivindicaciones de una clase obrera, afectada por la crisis. Hay un desarrollo muy desigual en la toma de conciencia de las masas; es ahí donde reside la ventaja principal de la oligarquía, que ha aprendido a defender sus intereses de clase a través de un largo ejercicio de poder.

La respuesta a este problema ha sido dada, desde un cierto sentido, por la revolución cubana, y ha sido expuesta minuciosamente por Debray. Pero el libro de Debray es forzosamente la generalización de un método y ha resumido las experiencias del pasado. Existen

situaciones nuevas y nuevas experiencias que escapan a su análisis. Por eso es peligroso concluir toda discusión con el análisis de Debray. La táctica de guerrilla debe experimentar una doble adaptación: a las nuevas condiciones sociales y económicas de nuestro país y a la experiencia de los ejércitos, en el combate irregular. Para hacerlo, es necesario partir, forzosamente, de realidades nacionales.

En el Perú, nuestro campesinado conforma una masa cambiante. Individualmente o en comunidades, los campesinos se integran mal a la economía nacional. Los campesinos emigran hacia los arrabales de Lima, pero en los cinturones de miseria continúan siempre viviendo en función del campo y conservan, con sus lugares de origen, lazos afectivos y económicos muy fuertes.

En muchos casos, los arrabales de las ciudades son, sólo hasta cierto punto, la cabeza pensante de grupos campesinos. Gracias a la evolución natural de la economía y también por la fuerza, el campesinado se libera del latifundio; pero en el presente, cuando ellos venden y no sólo consumen sus productos, exigen con más fuerza la tierra y comienzan a exigir educación y ayuda. La tierra sigue siendo el resorte fundamental para movilizar al campesino, pero no obstante el antifeudalismo puede perder su importancia, como bandera revolucionaria, en el futuro cercano. La urbanización, la educación elemental, pueden satisfacer temporalmente, pero abren también el camino al anticonformismo. Ese campesino ejerce presión sobre el aparato del Estado, bajo múltiples formas, y su presencia no puede ser ya ignorada por los poderes públicos.

El gobierno dispone de un cierto margen de maniobras para enfrentar los problemas existentes. Lo hemos visto en camino de reformar los puntos más conflictivos, empujando el trabajo colectivo, construyendo vías de comunicación, ejerciendo una represión sangrienta donde estima necesario. Reforma agraria, cooperación popular, demagogia y represión, son parte de una única estrategia burguesa para frenar, al menos temporalmente, las exigencias campesinas.

Las clases dominantes han tenido éxito con la represión, pero han fracasado con la reforma. El campesinado, cuyos sindicatos han sido disueltos y que todavía sangran por las heridas sufridas durante las guerrillas, está en tren de rehacerse lentamente. Pero no nos debemos equivocar interpretando su retirada actual como definitiva, porque la marea no tardará en subir de nuevo y encontrará al estado burgués más atado que nunca a una situación fiscal desastrosa, limitado a sus pocos recursos y sometido más que nunca a los poderosos grupos económicos reaccionarios.

La urbanización acelerada ha hecho aumentar la clase obrera que llega a la cifra de millón y medio, aproximadamente. El desarrollo industrial del país no podrá absorber esta gigantesca oferta de mano de obra. El Estado, débil financieramente, no podrá satisfacer las más elementales exigencias de trabajo, construcción y trabajos públicos. Esta masa de obreros, no calificados y apenas educados, vive en su gran mayoría de ocupaciones parciales, está satisfecha a medias, os-

cila entre la ciudad y el campo, entre la consigna revolucionaria y el reformismo. Por el momento constituye en gran parte la clientela electoral de la burguesía; constituye también un apreciable sostén de estabilidad del sistema. ¿Pero cuánto tiempo durará su paciencia? La movilización de esos sectores sociales, semiproletarios, es mirada con terror por las clases dominantes.

La falta de calificación y el exceso de mano de obra, colocan a la clase obrera sin defensa frente a sus patronos. Esas son las dos causas principales de la debilidad general de los sindicatos, las que conducen también a la "mediatización" de sus direcciones. Es por ello que la clase obrera no se manifiesta abiertamente, pero su descontento existe y aumenta siempre, semioculto, apenas expresado por las explosiones esporádicas de protesta que revelan su gran poder en potencia.

Las clases dominantes, favorecidas por la impotencia popular, se vuelven cada vez más cínicas, nuestra democracia representativa puede funcionar sin grandes obstáculos limitada a los partidos de derecha, y podrá asimismo enfrentarse en los años próximos hasta a una izquierda legal, que acepte las reglas de juego.

Mientras conserven los resortes fundamentales del poder, los grupos dominantes se sen-

tirán seguros y mirarán su porvenir político con optimismo, pero no podrán evitar que alrededor de ellos crezca la decepción, la negación y el desprecio de todo el sistema.

En ese cuadro alguna cosa nueva ha nacido: los grupos insurreccionales, con su radicalismo y su heroísmo, con sus muertos y con su sangre vertida, ofreciendo al pueblo una causa y una mística. Sacudidos por grandes derrotas, deben aprender a ser, al mismo tiempo, idealistas y realistas, líricos y pragmáticos. Los años no han pasado en vano. Las oligarquías y sus ejércitos han aprendido en la lucha y han ganado en experiencias recogidas por el imperialismo en Argelia y Vietnam. A los ejércitos en marcha de la reacción debemos oponer vanguardias disciplinadas, educadas en la táctica militar, hábiles, móviles, presentes para todo. La lucha de las ciudades y la lucha de las masas no deberá ser descuidada; será preciso combatir sobre todos los terrenos, teniendo siempre a las guerrillas como espina dorsal estratégica, como la táctica fundamental.

En una situación tan móvil, la toma del poder no está todavía en el orden del día. Lo que sí está, por el contrario, es la construcción activa de una organización político-militar unida y un poder militar a la altura de las situaciones revolucionarias del futuro.

EL REFORMISMO EN EL SENO DE LA SOCIALDEMOCRACIA RUSA

"El enorme progreso del capitalismo en el curso de los últimos decenios y el rápido incremento del movimiento obrero en todos los países civilizados, han traído consigo un gran cambio en la posición que antes asumía la burguesía frente al proletariado. En lugar de acudir a la lucha abierta, directa y basada en principios, contra las tesis fundamentales del socialismo, en nombre de la absoluta intangibilidad de la propiedad privada y de la libre competencia, la burguesía de Europa y América, representada por sus ideólogos y políticos, acude, cada vez con mayor frecuencia, a la defensa de las llamadas reformas sociales, oponiéndolas a la idea de la revolución social. No se trata ya de liberalismo contra socialismo, sino de reformismo contra revolución socialista; ésta es la fórmula de la burguesía instruida y "avanzada" de nuestros días. Y cuanto más elevado es el nivel de desarrollo del capitalismo en un país, cuanto más puro es el dominio de la burguesía, cuanto mayores son las libertades políticas, tanto más amplio es el terreno para la aplicación de la "novísima" consigna burguesa: reformas contra revolución, remiendos parciales del régimen que sucumbe, a fin de dividir y debilitar a la clase obrera, a fin de mantener el poder de la burguesía contra el derrocamiento revolucionario de este poder."

"Desde el punto de vista del desarrollo universal del socialismo, no se puede dejar de percibir un gran paso adelante en dicho

viaje. Al principio, el socialismo luchaba por su existencia y contra él se hallaba una burguesía plena de fe en sus fuerzas, que defendía con valor y consecuentemente el liberalismo como sistema armónico de conceptos económicos y políticos. El socialismo ha crecido, ha conquistado en todo el mundo civilizado su derecho a la existencia y ahora lucha ya por el poder, mientras que la burguesía en descomposición, al ver su inevitable hundimiento, pone en tensión todas sus fuerzas a fin de aplazar su muerte y conservar su poder también en las nuevas circunstancias, valiéndose de concesiones a medias e hipócritas.

"La exacerbación de la lucha del reformismo contra la socialdemocracia revolucionaria dentro de las filas del movimiento obrero constituye el resultado, en absoluto inevitable, de los mencionados cambios operados en todas las condiciones económicas y políticas de todos los países civilizados del mundo. El auge del movimiento obrero atrae inevitablemente a las filas de sus partidarios a cierto número de elementos pequeñoburgueses, esclavos de la ideología burguesa, que se van liberando de ella con gran dificultad y que siempre vuelven, una y otra vez, a caer de nuevo en sus redes".

V. I. LENIN

(Sotsial-Demokrat, Núm. 23, 14 (1)
de septiembre de 1911)

Obras Completas, tomo 17, p. 218.